

SUCESOS DE GRECIA. — Vista de Maraton.

P. Blanchard

condena á Luis Napoleon Bonaparte, llamado Napoleon III, á la pena de trabajos forzados por toda la vida, igualmente que á sus cómplices, en consideración á que para los actos que merecen pena de muerte existe la prescripción.

El comisario de policía que asistía á la reunión, escuchó con la mayor calma la anterior acusación, y luego que M. Lermina terminó su lectura, hizo levantar la sesión y se retiró. La asamblea se separó cantando la *Marsellesa* y profiriendo amenazas de muerte contra los partidarios del imperio.

Seguidamente se formó causa á M. Lermina, y la sentencia que ha recibido es la siguiente: dos años de encierro, 10,000 francos de multa, privación de derechos y costas del proceso.

Concluiremos diciendo que en todas las reuniones anti-plebiscitarias, Rochefort ha sido nombrado presidente honorario. Cada cual se pregunta qué habría sido del desdichado joven durante la semana que acaba de transcurrir, si la Providencia no le hubiese reservado un retiro seguro en la cárcel de Santa Pelagia. O. C.

Los bandidos de Maraton.

Vamos á resumir con vista de nuestras correspondencias y por las noticias que han dado los periódicos, los dolorosos sucesos que acaban de añadir una página más á la historia del bandolerismo en Grecia.

El 41 de abril último, Atenas sabía con espanto la noticia de un atentado que á cinco leguas de la capital, acababan de cometer los bandidos contra una caravana de viajeros ingleses.

Componían la caravana de viajeros, lord Muncaster y su mujer, M. Lloyd y la suya, con dos hijos, un niño y una niña, M. Vynar, M. Herbert, agregado á la legación inglesa, y el conde de Boyl, secretario de la legación italiana. El objeto de su excursión era visitar el campo de Maraton, á unos 20 kilómetros de Atenas, visita para la que bastaban pocas horas.

Antes de partir, el 9 de abril, cuidaron de preguntar si el camino estaba seguro, á lo que contestaron las autoridades que no había bandidos en la Atica, que la excursión no tenía peligro alguno, y que esto no obstante se daría á los viajeros una escolta. Diéronles, en efecto, cuatro gendarmes para que los acompañasen, y llevaban además uno de los guías más conocidos en el país, llamado Alejandro.

Partieron en dos carruajes y en el camino encontraron dos patrullas, una de seis hombres y otra de veinte y cinco. Hicieron el viaje de ida sin tropiezo, visitaron el campo de batalla en que Milciades contuvo el Asia, y se pusieron en camino para volver. Dos gendarmes iban delante de los carruajes y dos detrás.

A las cuatro y media en el momento de entrar en un espeso bosquecillo, recibieron una descarga, de la que resultó muerto uno de los gendarmes y otro herido mortalmente. Asaltaron los carruajes veinte y cinco ó treinta bandidos, obligaron á los viajeros á salir de los carruajes, principiaron por robar el reloj y las alhajas á una de las señoras, y con amenazas hicieron internar á los cautivos en el bosque. Parece que en estos momentos la primera patrulla de seis hombres, advertida sin duda por las detonaciones, llegó á dar auxilio, pero ante la superioridad del número, tuvieron los soldados que renunciar á la lucha, yendo á buscar refuerzo.

Después de algunas horas de marcha forzada á través del monte Pentélico, los bandidos dejaron á las mujeres en libertad de volver á Atenas en los caballos de los gendarmes muertos, escoltadas por los otros dos gendarmes. A las diez de la noche llegaron á la capital, y en medio de la consternación general contaron su aventura.

Los bandidos, que habían conservado al guía Alejandro para que les sirviese de intérprete, llevaron por barrancos y colinas á los cinco en cuestión, y entre tanto el jefe, que se llamaba Stanos, negociaba por medio del guía el rescate, que después de varios regateos y discusiones quedó fijado en 25,000 libras esterlinas, que habían de ser entregadas en oro inglés. Lord Muncaster fué el designado para ir á Atenas, bajo su palabra, á fin de buscar allí el dinero y recabar una amnistía para los bandidos. A lord Muncaster le dieron por guía un campesino de la montaña y en una carreta llegó á Atenas.

La ciudad toda estaba en gran agitación, porque estas singulares negociaciones se hacían públicamente. La vida de los cautivos dependía del rescate y de la amnistía. El dinero lo proporcionó un comerciante, no pudiendo suministrarlo el gobierno que solo tiene papel, y la condición era que había de ser entregado en buen oro inglés; pero en cuanto á la amnistía, á pesar de la gestión que hizo el ministro inglés para que se concediera, no quiso acceder el gobierno helénico, considerando indigno tratar de potencia á potencia con salteadores y asesinos de caminos reales.

Así fué que en tanto que la carreta que condujo á Atenas á lord Muncaster volvía al monte con víveres y prendas de vestir para los cautivos que habían quedado en rehenes, el gobierno hacía cercar toda la comarca por tropas, resuelto á acabar con la partida.

Parece que lord Muncaster en los días siguientes fué al lado de sus infelices compañeros de excursión y volvió de nuevo á Atenas, exigiendo siempre los bandidos

la garantía de la amnistía, y declarando que si en tres días no se les daba satisfacción, asesinarían á los cautivos. El gobierno, decidido á salir de esa posición deshonrosa, hizo un enérgico esfuerzo, y los bandidos, viéndose atacados y cercados en una torre junto al mar, y perdida la esperanza de pasar la frontera ni de permanecer impunemente en el monte, se vengaron llevando á efecto su amenaza en los cuatro cautivos que tenían en su poder. Estos fueron asesinados el 21 de abril á los doce días de haber sido hechos prisioneros.

La sensación que este trágico suceso ha causado en Inglaterra es indecible. Los diarios de Londres publican la correspondencia oficial que ha mediado con ese motivo entre el ministro de Negocios extranjeros de Inglaterra y el ministro británico en Atenas. Resulta de esa correspondencia que lord Clarendon encargó á M. Erskine advirtiese al gobierno griego que había motivos para esperar un fuerte impulso de opinión en Inglaterra, y que no debía vacilarse en conceder á los bandidos la amnistía que pedían, si era necesaria para librar la vida á los cautivos.

El gobierno griego objetó que con arreglo á la Constitución no tenía facultad el rey para conceder esa amnistía. Contestósele que esa Constitución había sido infringida no pocas veces en circunstancias menos graves, para detenerse ahora en escrúpulos exagerados. Lord Clarendon autorizó también á M. Erskine para ofrecer á los bandidos que serían transportados á Malta para ponerlos á cubierto de toda persecución, y el gobierno griego prometió á M. Erskine cerrar los ojos sobre las gestiones que pudiera intentar con ese objeto. Pero en tanto que mediaban estas negociaciones, el gobierno griego puso tropas en campaña, y entonces fué cuando tuvo lugar el asesinato de los cautivos.

Publican además los diarios ingleses una nota idéntica de las potencias protectoras de Grecia, que *le Journal des Débats* dice que parece enviada por un misterioso corresponsal de Atenas. Esa nota, que acusa abiertamente al gobierno griego, dice que los viajeros ingleses emprendieron su excursión con una escolta dada por aquel y con la seguridad previa de que hasta era inútil esa medida de precaución: que á corta distancia de Atenas fué donde tuvo lugar el asalto, y que el gobierno griego no se había cuidado de buscar el rescate para los bandidos: que avisado el gobierno del resultado fatal que tendría el empleo de la fuerza contra aquellos, envió, no obstante, ó permitió enviar tropas en su persecución, y obrando así provocó el asesinato; por último, que la amnistía era una cuestión de vida ó muerte para los cautivos, que fué rehusada bajo pretextos frívolos, que era preciso en todo caso reflexionar seriamente antes de atacar á los bandidos, y que por la imprudencia de que se ha dado pruebas en todo este asunto, destruyó el gobierno griego todas las probabilidades de un feliz desenlace, haciéndose así completa y únicamente responsable ante Inglaterra de una catástrofe tan terrible.

Tal es en sustancia la nota publicada por la mayor parte de los periódicos ingleses, y que no es á propósito para calmar la irritación de los ánimos.

A la hora en que escribimos se anuncia una acción combinada de las tres potencias protectoras de la Grecia, Francia, Inglaterra y Rusia, que según parece, se disponen á tomar las medidas necesarias. Hasta se anuncia que en este punto se hallan ya de acuerdo los tres gabinetes, y que juntos obligarán al gobierno de Atenas á hacer cesar el bandolerismo que amedrenta y arruina á la Grecia.

H. V.

Revista de Paris.

Acabamos de pasar una semana de grandes emociones políticas. La Francia, llamada á manifestar su opinión sobre las últimas reformas mediante un plebiscito, consagraba naturalmente toda su atención á ese acto solemne. El domingo 8 de mayo era el designado para la votación y desde muy temprano por la mañana los parisienses acudieron á las urnas para cumplir con sus deberes electorales. ¿Qué días para las empresas periodísticas! Las ediciones de los diferentes diarios de la capital se sucedían sin interrupción para publicar los resultados del escrutinio según los anunciaban las agencias telegráficas. El lunes y el martes era raro encontrar por la calle un hombre sin un periódico en la mano leyendo cifras. Los millones de votos afirmativos iban creciendo como por encanto hasta formar el total de 7.000,000 y más de 300,000 contra 1.500,000 que reunían los contrarios. A la hora en que escribimos todavía faltan algunos guarismos; pero ya el resultado es bien conocido, la oposición confiesa su derrota, mientras la prensa ministerial entona himnos de triunfo y declara que el número de votos excede á cuanto había podido imaginarse.

¿Qué es de la crónica entre tanto? Los periódicos más al corriente de las actualidades lo abandonan todo ante esta cuestión magna. Reconocen que no hay otro interés comparable á este, y saben explotarle.

Luego se habla también de las tentativas de desórdenes

que ocurren por las noches en ciertos barrios de París; por manera que de un modo u otro, todo, absolutamente todo es crónica política en las presentes circunstancias.

Y sin embargo, sería tiempo de decir que los parisienses abandonan ya las fiestas de la capital y piensan en el campo y en los viajes. Como de costumbre, ya vemos los anuncios y los programas que se redactan en las principales estaciones veraniegas favorecidas por la moda. Por ejemplo, el programa de Baden que casi ocupa una plana entera en los diarios parisienses nos ofrece una serie de combinaciones de placer dispuesta con un arte digno de toda alabanza.

Apenas se cierre en París el Teatro Italiano, M. Bagier marchará á Baden con su compañía á inaugurar con la música de Donizetti, de Rossini y de Verdi las diversiones de Baden.

Luego habrá conciertos, bailes, representaciones dramáticas, carreras de caballos, cacerías; en suma, una continuación de placeres que no dejarán libre un solo día á los concurrentes. El aburrimiento será allí imposible, pues todo está dispuesto para combatirle sin piedad, encarnizadamente.

No nos extrañaría que este año la emigración fuese más considerable que de costumbre, en razón á la persistencia de ciertas enfermedades que este invierno se han desarrollado en París y que continúan todavía haciendo estragos en medio del mes de mayo. Las viruelas y las pulmonías no pierden su carácter maligno y contribuyen al total de las defunciones con un guarismo elevado. La semana última ha habido en París 1,217 defunciones, y en esta cifra la primera de aquellas enfermedades figura con 133 individuos y la segunda con 177.

Un hombre muy ilustre se cuenta en esta estadística mortuoria. Es M. Villemain, que ha fallecido á la edad de ochenta años, sin que en su prolongada ancianidad haya dejado de resonar su nombre, que tanta celebridad alcanzó cuando sus famosas lecciones de literatura en la Sorbona, antes de la revolución de 1830.

M. Villemain ha muerto cargado de títulos y honores. Ha sido diputado, ministro de Instrucción pública y secretario perpetuo de la Academia francesa.

Las obras de M. Villemain son muy numerosas. En ellas se cuentan estudios de historia, de crítica, de biografía, y sobre todo un número infinito de noticias, memorias, informes, estudios literarios. Solo los informes sobre los premios de virtud que hacía todos los años como secretario perpetuo de la Academia, forman una colección considerable.

Su funeral ha sido un luto general en el mundo de las letras. El Instituto casi entero asistía á tributar los últimos honores á una de sus glorias; había una diputación de oficiales de la Universidad y una muchedumbre de notabilidades que seguían el carro fúnebre.

El oficio divino se celebró en la iglesia de San German de los Prados, y seguidamente el cuerpo fué conducido al cementerio del P. Lachaise, donde se pronunciaron varios discursos.

Es una pérdida irreparable para el mundo de las letras.

Bien lo expresaron los discursos que se pronunciaron sobre su tumba, y de los cuales tenemos dos á la vista, el de M. Patin y el de M. Saint-Marc Girardin.

El primero señalando á grandes rasgos la multiplicidad de las producciones debidas al talento de M. Villemain, aprecia de este modo el papel que el ilustre profesor representó en la enseñanza.

« M. Villemain, dice, introdujo una gran novedad en la enseñanza de las letras y en la crítica; pero con la discreción propia de su genio. Dió el ejemplo, seguido generalmente, aunque á veces con algún exceso, de colocar de nuevo las producciones de la literatura que hasta entonces ajustaban sistemáticamente al patron de la retórica y la poética, en los tiempos, en los lugares, en el seno de las instituciones y de las costumbres, del movimiento de ideas y de sentimientos en que aparecieron. Cambió la crítica, que era dogmática en histórica, hizo de ella como una de las formas de la historia. El gusto en M. Villemain, gracias á la extensión, á la riqueza de su saber, y si es posible expresarse así, á la variedad de sus experiencias literarias, no tenía nada de exclusivo: sabía reconocer lo bello bajo las formas más diversas y más imprevistas. Su estilo, sin separarse jamás del verdadero genio de la lengua, de la sana tradición de los grandes maestros, no por eso dejaba de tener su carácter independiente: abundaban en él los giros rápidos, de una osadía inesperada, las expresiones nuevas, las creaciones originales; su amor á la belleza literaria y á la belleza moral le elevaba á la elocuencia y se sentía constantemente animado como de una inspiración liberal. »

M. Patin termina con el más bello elogio que puede hacerse de tan gran talento: dice que no hubo en él decadencia; que, mediante su actividad obstinada, pudo luchar hasta la última hora contra los males físicos, y sobre todo contra penas morales que afligieron cruelmente el fin de su vida, tan próspera durante tanto tiempo.

M. Saint-Marc Girardin habló de M. Villemain con toda la emoción de un amigo y un compañero. ¿Qué interés en su evocación de aquella época ya tan lejana para la generación presente en que M. Villemain excitaba el entusiasmo de la juventud en la Sorbona! Ya hemos dicho que este fué el gran período de su vida; aquel magnífico período en el que

brilla con Guizot y Cousin, glorias universitarias que no se han eclipsado todavía.

« ¡Qué bellos eran aquellos días, dice M. Saint-Marc Girardin, en que la juventud y la edad proveecta corrían con igual ardor á la Sorbona, donde les acogíamos siempre con tantos aplausos! ¡Cuán vivas, elocuentes y fecundas eran aquellas lecciones de literatura, y qué aspectos tan nuevos abrían á las inteligencias! »

M. Saint-Marc Girardin retrocede ante la tarea de hablar del literato, del escritor, del orador y del ministro, y se limita á recordar en el mas brillante estilo aquellos hermosos días que pertenecen, como dice con mucha razon, á la historia literaria del siglo. Sin embargo, al concluir paga á la amistad este postrer tributo:

« Que la historia literaria y política hable pues, de los servicios que el ilustre finado ha hecho á las letras con sus obras y lecciones, á la libertad con su participacion en los trabajos de las Cámaras y del gobierno, y con los progresos practicables que le debe la instruccion pública. Sus amigos hablarán entre tanto de las cualidades de su alma, cualidades que ocultaba con una especie de discrecion, y sus títulos de gloria se confundirán con los recuerdos de su amistad. »

Tal fué la conclusion de su discurso.

Los hombres de la generacion de que formaba parte M. Villemain, tienen siempre en Francia el atractivo irresistible que ejerce el talento. Se ve bien claro en el día que no han sido reemplazados ni tienen sucesores, y así es que cada una de sus producciones, por insignificantes que sean, relativamente hablando, adquieren siempre una importancia bien justificada.

En la semana última, la Sociedad de la Historia de Francia se reunió en asamblea general en los Archivos del imperio, y M. Guizot, que presidía la sesion, pronunció un discurso que ha reproducido toda la prensa.

Este discurso interesa particularmente á los franceses, porque en él se da cuenta de las publicaciones de la Sociedad, y se habla de la pérdida de varios hombres ilustres que, como M. de Villemain, formaban parte de la pléyada.

Para nosotros este interés es mas limitado; pero le encontramos sin embargo tambien en las apreciaciones de M. Guizot, y sobre todo en la relacion de las amistades que el orador habia sostenido con aquellos compañeros de trabajos y afanes, hoy difuntos.

En dos nos fijaremos principalmente, en el duque de Broglie y en el conde de Montalembert que, como dice con razon M. Guizot, ejercieron una influencia considerable en las grandes cuestiones morales, en los grandes asuntos nacionales, en las grandes luchas políticas é intelectuales de nuestra época.

« En medio de su vida pública, añade M. Guizot, de sus trabajos y preocupaciones, conservaron siempre presente y activo el amor á las letras, al estudio, al desarrollo intelectual por nuestro pais y por sí mismos. Las obras filosóficas é históricas les inspiraron un constante interés. Miraban el pasado y la vida de los pueblos con sincero respeto. Y sin embargo, ni uno ni otro eran dóciles servidores del pasado, ni partidarios de la inmovilidad intelectual y social, sino que antes bien eran hombres de los tiempos nuevos, hombres de su época. Habíanse consagrado á la causa de la verdad pura, de la libertad general, del progreso intelectual y social de su patria y de la humanidad entera. »

Después de hablar así de su vida pública, M. Guizot entra en detalles íntimos.

« El duque de Broglie, dice, fué durante cincuenta y dos años mi mas íntimo y constante amigo. Nuestras relaciones principiaron en 1818, cuando preparamos, juntos en mi gabinete de mi humilde casa, el primer diseño de aquella ley sobre la libertad de la prensa, que al pasar por la elocuencia de M. de Serre, entonces guarda-sellos, vino á ser la ley de 1819, la mas liberal como la mas sensata, no titubeo en decirlo, que se haya promulgado y á la que se vuelve en el día. Desde aquella época la vida pública fué comun para el duque de Broglie y para mí, y aunque á veces nos separáramos exteriormente, estábamos siempre en las mismas miras y al servicio de la misma causa. Yo serví en el gabinete que él presidía, y él sirvió en el gabinete que yo tuve el honor de presidir. El duque de Broglie era un gran señor, altanero y modesto, digno de su nombre y bien superior á su nombre, liberal por la natural generosidad de su alma, por la extension y equidad de su entendimiento, por su educacion, por los recuerdos y relaciones de su juventud. Permaneciendo liberal invariablemente, vino á ser conservador por la reflexion y la experiencia; armonizando sus ideas con los sentimientos del orden y de la libertad, los respetaba y los quería juntos, y siempre ajustaba á esta doble conviccion su conducta. Sabia perfectamente lo que pensaba, y no vacilaba nunca en obrar segun su pensamiento. Méritos raros particularmente en nuestros días, en que hay tantos sacudimientos contrarios que siembran la duda en los espíritus y la timidez en las acciones. »

M. Guizot habla después de sus relaciones con M. de Montalembert, y dice lo siguiente:

« Mis relaciones con M. de Montalembert fueron menos íntimas y menos constantes. Le vi por primera vez en 1829, cuando volvía de Suecia, en donde era su padre entonces ministro de Francia, tenía diez y nueve años, y me traía un

artículo sobre el estado y el régimen político de la Suecia, artículo muy liberal que hice insertar, como él deseaba, en la *Revue française*, publicacion periódica de aquel tiempo. Desde luego me inclinó hácia él una espontánea simpatía. Andando el tiempo, hubo circunstancias en que se puso á prueba aquella simpatía, y nunca se desmintió en lo mas mínimo. Mas de una vez he encontrado á M. de Montalembert entre mis adversarios, y siempre he podido admirar su carácter elevado y franco, sus ideas y sentimientos, su completa sinceridad, su ardiente é inagotable valor, y su talento que no era menos inagotable y ardiente. Empero cuando en estos últimos tiempos le vi enfermo, y moribundo, y adquiriendo en el sello de sus padecimientos, á la aproximacion de la muerte, cualidades y virtudes nuevas sin perder ninguna de las que habia desplegado en sus días de juventud y de fuerza, mi simpatía se confirmó mas y mas, se hizo profunda y tierna. Aquel carácter ardiente y fogoso, sin cambiar, sin enfriarse, se habia vuelto severo y reservado; el alma era á la vez apasionada y serena, y hasta el último instante fué activa en este mundo y confiada en el mundo en que iba á entrar. »

Pasemos á los teatros.

Esta semana hemos tenido una novedad en el del Vaudeville, y es una pieza en un acto, de M. Villiers de l'Isle Adam, titulada la *Révolte*.

Verdaderamente, la pieza en cuestion debería pasar desapercibida; pero se ha hecho tal ruido con ella, que no solo el público acude al teatro, sino que la prensa ha tomado parte en la contienda, y la discute lo mismo que si en realidad lo mereciera.

Con efecto, nos hallamos, segun parece, en presencia de una nueva escuela dramática, fundada en la sencillez y en la exigüidad de las proporciones, escuela cuyo jefe es M. Coppée, un poeta de mérito incontestable, autor del *Passant* y de otra pieza microscópica tambien representada últimamente en el Teatro Francés con el título de los *Dos dolores*.

Nada de accion: un diálogo prolongado, y no por mucho tiempo, constituye todo el fondo de esta nueva literatura.

A decir verdad, todo esto es una puerilidad que no nos parece digna de tanto ruido: las dos citadas obras de M. Coppée, aunque escritas con esa afectacion de sencillez y ese desden de la intriga y del movimiento escénico, se oyen con gusto, porque su versificacion es levantada, espontánea, brillante á veces; pero su émulo, M. Villiers de l'Isle Adam, está muy lejos de ofrecernos esas circunstancias atenuantes en la *Révolte*.

El argumento, si así puede llamarse, se reduce á una simple reyerta conyugal entre esposos tan indiferentes al amor como aficionados á los agiotajes de Bolsa, y á cuya consecuencia la esposa liquida el establecimiento en el que desempeña un papel mas importante que el del marido, y quiere separarse; pero afortunadamente, apenas ha comenzado á ejecutar su plan, advierte que tiene una niña, y vuelve á toda prisa á su domicilio.

No necesitamos decir mas para hacer ver hasta qué punto puede tener vida semejante comedia, escrita con una completa ignorancia de las exigencias mas elementales de toda composicion dramática. La intencion podrá ser lo que quiera, el efecto no puede ser mas insignificante. Todo el mundo se pregunta con asombro qué ha querido probar el autor con semejante idea desempeñada tan pobremente.

Ni la eminente actriz Mlle Fargueil ha sido capaz de galvanizar un instante este singular episodio, que se ha querido elevar á la altura de una comedia.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EN EL ALBUM DE MATILDE.

¡Si yo tuviera aliento como el águila
Que se remonta á la region azul,
Me elevaria á la mansion espléndida
Donde se sienta el Padre de la luz!

Y postrado á sus piés, como los ángeles
Que bendicen su altísima bondad,
Le pidiera la música del céfiro
Y el murmullo pacífico del mar;

Le pidiera la voz dulce y monótona
Del viento en la desierta soledad,
Y el gemido del aura melancólica
Cuando calma la ronca tempestad.

Y le pidiera mas: la voz magnífica
Y el arpa melodiosa de David.

Y mucho mas: su inspiracion profética
¡Y todo, todo, por cantarte á tí!

Si; por cantarte á tí, beldad seráfica,
Por cantarte, dulcísima mujer,
Aunque dejaras mi plegaria trémula
En alas de la brisa perecer.

Cuando tus ojos de paloma tímida
Se humedecen al tacto del dolor,
Y se desprende de ellos una lágrima
Que pasa y moja tu megilla cándida,
¡Me pareces un ángel del Señor!

Y cuando miro tu cabello undívago
De tus blancas espaldas en redor,
Cayendo como leve manto de ébano
Y sombreando tu semblante lánguido,
¡Me pareces un ángel del Señor!

Cuando te veo que la frente humillas
Balbuceando una mística oracion,
Y empapadas en llanto tus megillas,
¡Me pareces un ángel de rodillas
Demandando con lágrimas perdon!...

¿Lloras? ¿acaso entre tu pecho gime
Tu leal é inocente corazón,
O algun recuerdo de dolor le oprime?
¡Llora, sí, que llorando eres sublime,
Y aun eres mas sublime en la oracion!

DANIEL MANTILLA.

Una carta de amores.

Voy á referir una pequeña aventura, que hace algunos años le sucedió á un amigo mio en Bogotá. Este, habiéndolo Dios dejado de su mano, dió en la flor de enamorarse, y un domingo después de almorzar se apareció á mi cuarto y me dijo:

— Voy á comunicarte una cosa muy original
— Vamos á ver.
— Estoy furiosamente enamorado.
— Esa cosa tiene mas de tonta que de original, le respondi.

— Nada de chanzas; el asunto es serio. La señora de mis pensamientos es una mujer calmada, apagada, calculadora; su corazón es una Siberia, en cuyas nieblas quiero introducir algunos rayos de sol tropical. Como no puedo hablar con ella sino en visitas ceremoniosas los domingos, quiero escribirla una carta ardorosa, calenturienta, volcánica, y descomponer su corazón, y fundirlo en las llamas del verdadero amor.

— Eso ya pertenece á la química, le dije interrumpiéndole.

— Quiero hablar del amor, continuó él, de una manera original y desconocida, como no han hablado ni Abelardo, ni Macías, ni Antony; pero desgraciadamente lo mas trabajoso en todas cosas es el principio y, como no encuentro un arranque digno de semejante carta, vengo á que me lo dictes.

Yo que tenía aquel día mi pensamiento á mil leguas distante de los amores volcánicos, me quedé tan confundido como se pondría el czar de Rusia si le pidieran su opinion sobre el *self government*.

— No escribas cartas, le contesté, dile todas las necesidades que te se ocurran, porque las palabras se van y las cartas quedan. Si no te acepta, tu epístola andará en todos los costureros de Bogotá, pues las mujeres se perecen por halagar su vanidad mostrando á todo el mundo semejantes documentos. Los hombres avisados y de mundo no dejan nunca datos, por los cuales pueda seguirse en el porvenir las huellas de su vida pasada.

— Es una cosa resuelta, me contestó; dicta.

— Escribe, pues, le dije, por no mostrarme enteramente lego en el asunto, *ángel mio*.

— Imposible que yo pusiera eso, exclamó; tanto se les ha dicho ángeles á las mujeres, que ya esto es una vulgaridad. Te creía mas original. Así escriben los cachifos sentimentales.

— *Mi adorado tormento*.

— Tampoco: eso indica una familiaridad irrespetuosa.

— *Mi señora y mi dueña*.

— ¡Qué horror! exclamó el amartelado mozalbete. Un comerciante con cincuenta años y cincuenta mil pesos, retirado de los negocios, apenas escribiría de esta manera tan prosaica.

— Si así no te gusta, lánzate en el romanticismo, y ponle, *estrella de mis sueños*.

— ¡Detestable! exclamó. Te digo que no quiero es-

EXPOSICION DE 1870



Ofrenda a la Fiebre, cuadro por M. Leroux.

cribir como todo el mundo, y me sales con frases que todo el mundo escribe.

— Anda al diablo, le respondí, con tus cartas, y tus amores, y tus pretensiones á originalidad. Dile en prosa llana que la quieres, que hará contigo una vida de perlas, y si te rechaza lleva á otra parte el expediente: solamente los necios se echan á morir porque á una mujer se le antoja no quererlos. Si una te dice que *no*, ciento te dirán que *sí*.

EMIRO KASTOS.

Exposicion de 1870

en el

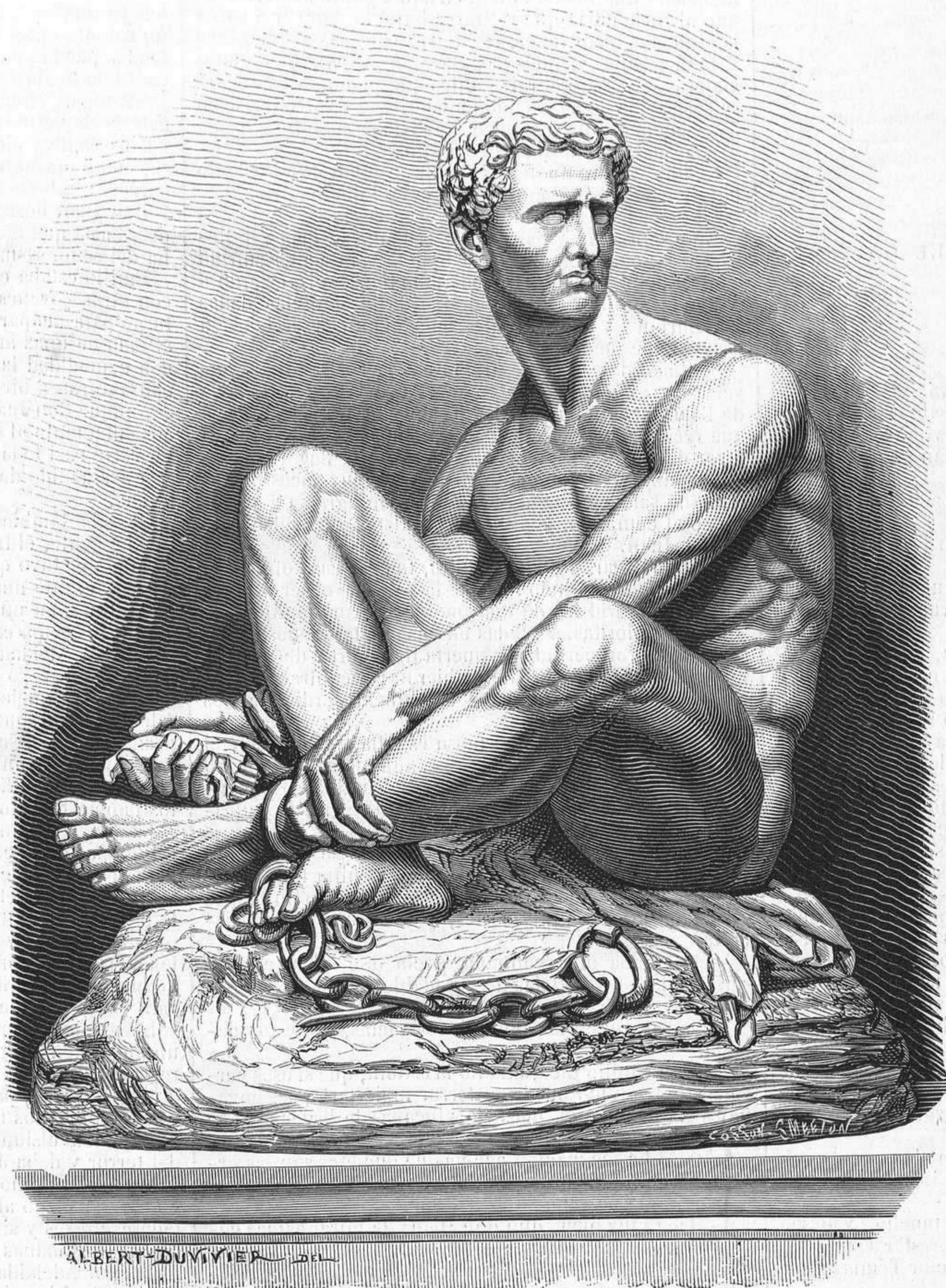
PALACIO DE LA INDUSTRIA.

El primero de los cuadros que reproducimos en este número se titula *Ofrenda á la Fiebre*, y es obra de M. Leroux.

M. Leroux es un artista de vastos conocimientos científicos; ha estudiado mejor que nadie la Roma antigua, y sus estudios han producido ya en el arte admirables frutos. El cuadro que ha presentado este año tiene la justificada pretension de ser una reconstitucion de la antigüedad; y bajo este concepto, la *Ofrenda á la divinidad de la Fiebre*, merece cumplidos elogios.

El *Desterrado*, escultura por M. Ludovico Durand.

Esta hermosa obra llama desde luego la atencion, por su mérito en la inventiva, por una aspiracion felizmente sostenida hácia el estilo. En la ejecucion, sin embargo, habria algo que decir, y se puede contestar la exactitud del dibujo y de las proporciones sin caer en exageraciones de crítica. Hay partes



EXPOSICION DE 1870. — El Desterrado, escultura por M. Ludovico Durand.

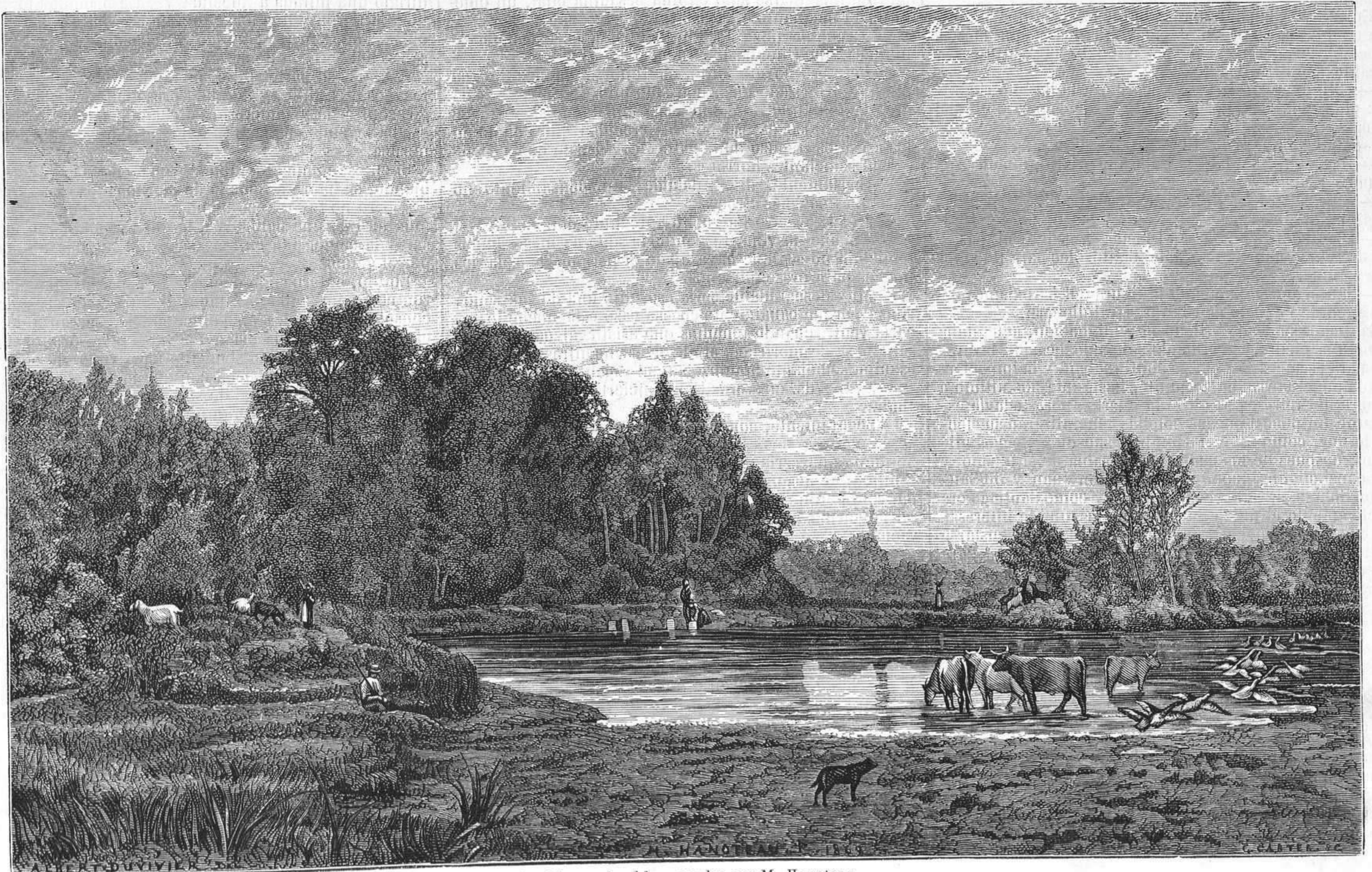
modeladas con toda fidelidad, como las piernas y las manos, y luego en el torso y en las caderas se nota una insuficiencia de ejecucion que parece propia de una obra sin concluir. Los muslos, demasiado macizos, chocan con el torso y le hacen parecer corto; la cabeza es pequeña hasta un punto exagerado; hay músculos que parecen raquíticos y otros son de atleta, contraste que salta á la vista. Sea como quiera, la armonia de sus líneas y el arte de la actitud compensan ampliamente las imperfecciones de ejecucion que dejamos señaladas.

La *Charca de la aldea*, cuadro de M. Hanoteau.

Hé aquí uno de los mas bonitos paisajes de la exposicion de este año. M. Hanoteau pinta con franqueza y expresa con brio las impresiones que ha debido sentir al contemplar la naturaleza. Cuando uno mira su cuadro comprende desde luego que es una exacta reproduccion de una escena campestre. El cielo, las aguas de la charca y los animales que están bebiendo son de una ejecucion magistral; verdad es que en ese punto ha concentrado el pintor todos sus esfuerzos, y casi se podria decir que ha sacrificado algun tanto los primeros términos.

Sin embargo, ¿no es justo observar tambien que en esa hora crepuscular los objetos toman una rigidez de contornos que no encontramos en el cuadro de M. Hanoteau? Los árboles de la izquierda ganarian mucho si se destacaran menos macizos y mas variados de contorno sobre los brillantes tonos del cielo. Pero estas son cuestiones de detalle que no quitan nada al valor del cuadro, si es verdad que ante todo el artista debe impresionar fijando en el lienzo los grandes aspectos de la naturaleza.

A. DE L.



La Charca de aldea, cuadro por M. Hanoteau.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

— ¡Cómo! Santiago también se va, gritó Ricardo. Entonces empezó a circular por la sala esta novedad. Muchos salieron a detenerlos, mientras que los músicos, empezando a tocar, por nada conseguían que las parejas ocupasen su puesto.

— ¡Santiago! gritaba Anselmo desde adentro: Baciliza lo llama.

Aquel obedeció por cortesía, y no con la celeridad que se esperaba.

— No se vaya Vd. ni deje ir a don Juan, le dijo Baciliza con semblante muy afable: se lo ruego a Vd. encañadamente.

— Trataré de complacerla, señorita, respondió Santiago con indiferencia y retirándose al corredor, en tanto que Baciliza llamaba a Ricardo para decirle algo, en consecuencia de lo cual este se escapó a hurtadillas.

Entre todos lograron introducir a la sala otra vez a don Juan y a Santiago, que circundados de hombres y mujeres, se vieron detenidos con un tesón extraordinario, hasta que volviendo Ricardo, les dijo que era inútil insistir en irse, porque ya estaban escondidos no solo los caballos, sino también las monturas.

— A bailar, pues, a bailar, que se pasa el tiempo, gritó don Sandalio sacando su pareja.

Luchar contra aquel empeño era imposible, tanto más cuanto que ya habían cerrado la puerta que daba a la calle abriendo en su lugar la del patio. La música empezó, todos con sus parejas ocuparon su puesto, y don Juan y Santiago se sentaron en un canapé.

— ¡Qué necesidad! decía don Juan: han hecho de mí esta noche un verdadero mártir.

— Y otro de mí, contestó Santiago: la presencia de Baciliza me incomoda, y estaba muy contento de que ahora mismo marchásemos, para no volver a verla en mi vida.

— Sin embargo, añadió don Juan, en el momento que se distraigan nos vamos, si es que Vd. insiste en partir también.

— Por supuesto: Bogotá me gusta mucho, y deseo ayudar en los servicios que Vd. piensa prestar a sus amigos, y cumplir la oferta que hice al doctor Témis de ser uno de los protectores de la Cisne.

— Mas ¡quién sabe si llegaremos ya muy tarde! Con todo, nos iremos volando, y cuando más, al concluirse el baile.

Entre tanto la contradanza bulliciosa y animada ofrecía un alegre desorden de movimientos y una mezcla graciosa de palabras, muchas en extremo burlescas y picantes para Santiago.

— El número 7º, gritaba Ricardo, está de luto riguroso: pido mucha seriedad cuando pasemos por frente del canapé.

— Aquí, hermosa Baciliza, gritaba el cura.

— Haga Vd. bien la figura del incensario, añadía Anselmo.

— Allí hacen la del atril, gritaba Ricardo; y Baciliza se pinta en ella.

— ¡Santiago! ¡qué dolor! decía Anselmo al pasar. ¡Padre cura! aquí la figura del Santo-óleo para un amor que se muere.

— Santiago está haciendo la figura del paroxismo, decía el cura: cuidado con llorar, rival dichoso.

Santiago, sofocado y lleno de indignación, aguantaba como una piedra, aguardando solo una ocasión favorable para escapar. Las burlas continuaban, y la impaciencia de don Juan subía de punto, hasta que por último a la hora del refresco se abrió la puerta; pero todavía esperaron un poco a que las botellas generalizaran su efecto, lo que, como es de costumbre, sucedió en pocos minutos, después de los cuales nadie sabía de sí mismo, y por consiguiente mucho menos de don Juan y de Santiago. Solo Baciliza los echó menos; y como Santiago era efectivamente el único de sus amantes que le interesaba, empezó a ponerse notablemente triste, a disgustarse del baile y a desear se concluyese cuanto antes. Para ella era de muy mal presagio que Santiago hubiese desaparecido después de tratarla con tanta frialdad.

XXV.

EL CONCIERTO.

Cuando Oropimente en su emboscada observó que ya comenzaba a amanecer y su víctima no parecía, empezó a sentir el temor de que no tuviese el resultado que se deseaba el acuerdo celebrado por la junta, y en virtud del cual con tanta confianza había sido enviado a pasar

de celada una noche entera en aquel punto solitario, del que al fin tendría que retirarse burlado, para ir a sufrir las injustas reconvenções de sus colegas.

Bien pronto viendo ya pasar por el camino algunos viajeros, resolvió retirarse antes que pudieran concebirse sospechas de su estacion misteriosa; y volviéndose en consecuencia para la ciudad, lleno de pesadumbre dirigía a cada paso una mirada hacia atrás.

Cuando ya era de día, sintió que venían dos a caballo tan de carrera, que antes que pudiese distinguirlos, pasaron a su lado como un relámpago.

Eran don Juan y Santiago que como se deja ver llegaron a Bogotá mucho antes que él, sin haber sufrido contratiempo alguno. Inmediatamente se dispusieron a ir donde Emilio para cerciorarse de las noticias dadas por Enrique, y ver si en algo convenían sus servicios en caso de que fueran ciertas.

Santiago deseaba en extremo conocer a Emilio y volver a ver al doctor Témis: apenas se acordaba todavía de Baciliza; aun cuando seguía muy triste, pero preveía que recobraría bien pronto su carácter alegre y jovial, a favor de las distracciones que le ofrecería Bogotá; lugar que amaba profundamente, y del que muy pocos deseos tenía de salir, pensando más bien consagrarse a las letras ó al comercio, y cultivar la amistad y las relaciones de don Juan.

Cuando llegaron donde Emilio, toda la casa ofrecía el mas profundo silencio: desde la entrada observaron a través de los vidrios de una puerta-ventana, a Adelaida y demás señoritas, sentadas en sus sillas de costurero.

Como vieron cerrada la puerta del cuarto de Emilio, que había salido a la calle, subieron para entrar al aposento de las señoras, quienes con mucha cordialidad los recibieron.

Adelaida estaba muy hermosa ese día, vestida con el traje sencillo de la mañana, pues aunque era ya por la tarde, no había querido adornarse a causa de la melancolía que la contristaba, y que por otra parte le imprimía un aire interesante y dulce.

Don Juan presentó a Santiago, y este se ofreció sin timidez ni embarazo, porque aquella familia le inspiraba confianza viendo que era al mismo tiempo no menos respetable que atenta y cortés, y tan franca como discreta.

— Yo estaba muy confiado, decía don Juan, en que serían falsas las noticias desagradables que Enrique nos llevó a las fiestas.

— Son por desgracia demasiado exactas, contestó Adelaida.

— Pero Emilio dice, añadió la señora, que si esos perversos han creído pueda el terror molestarlo, se engañan completamente, pues él es incapaz de hacer caso de semejantes farsas. Y efectivamente está muy contento, porque se ha persuadido además de que esas son las armas que le anunciaron y que tanto temía al principio, creyendo fuesen otras menos despreciables.

— Hace muy bien, dijo don Juan, de mirar así las cosas. ¿Pero esas manos de muerto?...

— Eso es muy feroz, dijo una de las señoritas; y Adelaida se ha horrorizado con ellas en tal extremo, que ha sufrido mucho estos días.

— Muchísimo, don Juan, añadió Adelaida. Ustedes no pueden imaginarse sino en una pesadilla fatal, un objeto mas repugnante a la vista.

— Ya me las imagino, dijo Santiago, cortadas por la muñeca, amarillentas ó cárdenas.

— Pero eso no era tanto, continuó Adelaida: lo que me ha horrorizado más, han sido unos letreros de sangre que tenían en la palma cada una de ellas.

— Espantoso es eso por la ferocidad que denota en los asesinos, repuso don Juan. Mas Vds. no deben pensar en semejantes horrores.

— Ciertamente, dijo Adelaida, mi pensamiento no gusta de imágenes atroces.

— ¿Y el espectro ha vuelto? preguntó don Juan.

— Anoche no vino, respondió la señora; mas estamos temiendo no sea que haya fijado el período de cada dos noches para presentársenos.

— Muy desagradable sería eso, dijo una de las señoritas; porque cabalmente en ese caso esta noche le tocaría venir, cuando tenemos que asistir al concierto, y sería cosa de morirnos, si al volver encontrásemos en la esquina semejante hombre con su espantosa figura.

— ¿Van Vds. en verdad al concierto? preguntó don Juan.

— Seguramente, contestó la señora, aunque Adelaida desea más que nos estemos en casa. Sin embargo, yo le he dicho que sería una vergüenza, como dice también Emilio, que nos privásemos esta noche de ese pasatiempo, solo porque nos haya asustado algún necio, que se reíría con razón de nuestros temores y de nuestras privaciones.

— Es verdad, dijo Santiago, tanto más cuanto que nosotros, que también pensamos ir, podríamos tener el gusto de acompañarlas a la vuelta, y de despejar la calle de todo cuanto fuera capaz de asustarlas ó incomodarlas de cualquier manera.

— Muchas gracias, caballero, dijo la señora; pero tengo esperanzas de que nada sucederá, y ruego a ustedes desde ahora no vayan a molestar por nosotras.

Algunos momentos después viendo don Juan que Emilio no parecía, pero sabiendo también que no le había causado grande impresión el suceso de que se hablaba, siendo por supuesto falsas en este punto las noticias de Enrique, resolvió retirarse confiado en que esa noche se verían despacio.

El resto de la tarde lo pasaron en recibir algunos amigos y disponerse para asistir al concierto,

Cuando llegaron al salón en que este tenía lugar, había ya mucha gente; pero tomando don Juan y Santiago un asiento entre varios amigos, lejos de sentirse incómodos por la abundancia del concurso, gozaban el encanto de la variedad.

Santiago, embelesado, paseaba los ojos por aquella galería de hermosas jóvenes que ofrecían a su vista un cuadro bello y elegante: todavía se acordaba de Baciliza, como era natural; pero su imagen y sus modales le parecían entonces indignos de aquel sitio.

Don Juan buscaba con la vista a Emilio por todos lados, hasta que a alguna distancia alcanzó a ver la familia del señor Osman.

Emilio estaba cerca de ella, hablando muy contento con otros jóvenes amigos suyos, de quienes se separó luego para ocupar un asiento poco distante de Adelaida, al lado de unas amigas de esta, donde se quedó para oír con comodidad la música que empezaba y que todos se consagraron a oír con profunda atención.

Aunque don Juan había visto a Emilio, no encontraba absolutamente al doctor Témis, a pesar de distraerse en buscarlo casi toda la primera parte de la función, porque persuadido de que debía estar allí, extrañaba su ausencia.

Deseaba también acercarse a Emilio, mas como había mucha gente, el tránsito era muy embarazoso y molesto. Así fué que tuvo que privarse del gusto de hablar con su amigo durante una gran parte de la función, hasta que por último, en un intermedio le fué fácil acercarsele.

Emilio seguía cada vez más contento, pareciéndole a don Juan olvidado enteramente de sus molestias, en cuya virtud juzgó discreto no hablarle una palabra sobre asunto semejante, conversando más bien acerca de Adelaida, y después de las fiestas, que no les había sido posible soportar, alegando como causa, la mala sociedad que se había reunido en ellas y el disgusto causado por algunos jóvenes disolutos y mal educados, lo que al fin los había obligado a una deserción no poco difícil.

La conversación fué interrumpida por comenzarse la última parte del concierto, a cuyas armonías estaba preparado por la felicidad el corazón de Emilio.

Todos los espectadores aguardaban la continuación de la música con interés, y se mostraban prontos y dispuestos a juzgar y sentir su mérito, por medio de un silencio sublime con el cual la sensibilidad estaba pidiendo emociones para deleitarse, el alma algo que la elevara y el pensamiento imágenes que comprender.

La música empezó entonces rompiendo el aire con un golpe lleno y grave a grande orquesta, cuyo eco parecía repetirse continuado y sordo en las concavidades de una caverna, para perderse en seguida por los sombríos y dilatados bosques del misterio, dejando el aire en una convulsión seria que llevaba al corazón la poesía del terror y daba a la mente la idea de la majestad.

Entonces Emilio, sintiendo elevarse su corazón, empezó a ver como al través de un velo de luz a los espectadores graves y silenciosos como una asamblea de príncipes, a las damas como un concurso de reinas gobernadas por Adelaida.

Era esto a los ojos de Emilio en tal momento un cuadro que le representaba al hombre mudo, pero lleno de pensamiento; severo y lleno de sensaciones. Entonces dirigió una mirada a Adelaida y en ese momento también la tierna y fina apoyatura de un violín sonó en sus oídos como un ¡ay! tímido y delicado que le pareció salido del corazón de su amada.

Esa por su parte sintió agitada clavados en su pecho los ojos de Emilio, y no pudo prescindir de bajar los suyos sonrojada y temerosa, pareciéndole que su amante estaba leyendo sus sentimientos al compás de aquella música.

Si en ese momento hubiera sonado no más que un eco blando, se habrían llenado de lágrimas los ojos de Emilio; pero no fué un eco blando, fué la misma ternura la que lloró en una flauta, y a la que respondieron el pensar y la compasión en esa corte de cuerdas animadas por el genio.

Emilio, enternecido dejó que los acentos que siguieron como imitando los tonos ligeros y fugaces de la consolación, meciesen su alma con la esperanza de que el brazo de Adelaida iba a apoyarse bien pronto sobre el suyo; de que al día siguiente iba a verla, no con esos atavíos de elegancia social con que la veía allí, sino solo con la elegancia natural de su belleza y su candor: que tal vez desde muy temprano habría de herir su corazón esa voz que apenas podían imitar los finos instrumentos que ahora sonaban.

Mas entonces una detención súbita y breve, detuvo también en Emilio el vuelo de sus ilusiones, que con una pausa repentina de la música quedaron enmudecidas.

A ese silencio siguió una voz débil cuyo principio no pudo él notar, pero que poco a poco se ensanchaba y llenaba aquel recinto, cual si compitiendo con la luz que lo alumbraba, intentase llegar a cada corazón, donde a esta no le era dado alcanzar, para ser así mas digna de iluminar la belleza.

Mil y mil voces festivas y ligeras volaron entonces como empujadas en acompasar los latidos simultáneos en que se agitaba el pecho de tan innumerables oyentes atentos y conmovidos: esas voces se unieron al fin para formar un golpe claro y vigoroso.

Después la música desde los altos tonos a que se había elevado, descendió en ese mismo timbre como un globo de armonía, y cual una cima que se desprende y cae saltando y retumbando de una punta en otra punta, y que parece detenerse de trecho en trecho para rodar en un abismo y dejar un eco sordo, pero musculoso

y hercúleo, semejante al bramido que habría lanzado el seno de Emilio si en ese momento hubiera sabido repentinamente que Adelaida amaba á otro hombre.

Entonces se quedó él mirando á esta con expresion, en tanto que siguieron unos compases tan solemnes, tan grandiosos y marcados con voces tan llenas y sublimes, que parecía que la tierra iba regularizando por ellos su marcha majestuosa en la órbita en que gira.

De estos pensamientos salió Emilio al oír un pasaje en que se imitaba la música sonando á lo lejos... Súbitamente entonces cubrióse la cara con las manos, y no pudo seguir comprendiendo la poesía del artista, tan vehementemente cuando la hablaban esas cuerdas delicadas, tan arrebatadora cuando salían de las cajas de esos instrumentos pensamientos tan bellos.

No: ya había descendido de una región suprema, y su imaginación sondeaba solo el abismo horrible y espantoso del delito. La música á lo lejos le había recordado vivamente á Monterilla, cuando en la cárcel decía á don Juan que se acordase por los golpes de una música que se aproximaba, refiriéndose á la de la procesion, que el doctor Témis habria de abandonar y perseguir á Emilio.

Se acordó tambien de las palabras escritas en las manos mutiladas de un difunto y arrojadas por un criminal al patio de su casa.

La música entonces no era mas que una vibracion ruda y cansada que representaba el tormento de que Emilio se veía invadido; pero afortunadamente se acabó bien pronto, y la gente empezó á retirarse.

La familia del señor Osman se levantó para irse, y Emilio, contristado de nuevo y con la sensibilidad irritada por la música y el contraste de sus recuerdos, dió el brazo á Adelaida, con la que siguió adelante para su casa, despidiéndose de don Juan y de Santiago, á quienes la familia no permitió se molestasen en acompañarla como ellos querian.

Cuando anduvieron algunas cuerdas empezaron á notar Emilio y Adelaida una soledad completa, que atribuyeron á la preocupacion de las gentes con el espectro, lo que las obligaba sin duda á excusar aquellos contornos. Al llegar á la puerta vieron parado en el umbral al hombre disfrazado de la primera noche, que parecia aguardarlos allí. Adelaida se asustó en extremo, pero Emilio, sacando una pistola, le dijo que iba á matarlo.

— No, gritó Adelaida tomando la pistola: no, por Dios, Emilio; que eso acabaria de comprometerlo á Vd. y de asustarme á mí.

Mas el Mordedor que los vió acercarse, temeroso de que Emilio fuera á matarlo, cuya intencion habia manifestado bien claramente la primera noche, no quiso aguardarlos, y retirándose le gritó á Emilio, diciendo:

— En el umbral de esa puerta dejo una carta para usted, caballero: si no la toma y la lee, está perdido sin recurso.

Emilio con Adelaida, llegó y alzó la carta para leerla cuando entraran. En efecto, apenas estuvieron en la pieza de las señoras, y antes que ellas subieran, abrió la carta y acercándola al suelo, cayó sin sentido. Todas las señoras, que entraron en ese momento, quedaron sorprendidas de semejante lance, y Adelaida, alzando el papel mientras el señor Osman alzaba á Emilio, leyó para sí sola lo siguiente:

« No me persigas, Emilio, y procura á todo trance salvar al Mordedor. El ladron oculto que tanto buscan, es el asesino de don Mateo, y ese ladron, ese asesino... Emilio, ¿sabes quién es?... Es tu padre... es Adolfo Castelvi. »

SEGUNDA PARTE.

I.

EL HIJO.

Es necesario advertir que la discreta Adelaida no leyó en alta voz la carta que acababa de recibir del Mordedor el desgraciado Emilio: la leyó solo para sí, y no porque creyera tener algun derecho para imponerse á su arbitrio, en las cartas que recibiera su amante, sino porque en aquel momento de sorpresa, su talento, y mas aun su corazon, le indicaron que era la única sobre quien pesaba el deber de examinar las causas que en tan alto grado y tan súbitamente alteraban la felicidad de un ser cuya dicha le era tan interesante.

Así fué que doblando la carta despues que la leyó, la guardó en su seno, y corriendo hácia Emilio, á quien el señor Osman colocaba en el sofá, le sacó del bolsillo las pistolas sin que él lo sintiera, para evitar que al volver en sí fuese víctima de sus ideas de honor y dignidad.

El señor Osman al ver la accion de Adelaida y que habia leído la carta, le preguntó con interés cuál era la causa de semejante accidente y qué contenia tal papel.

— No puedo responder, dijo Adelaida temblando.

— ¿Luego no has leído la carta? ¿no es su contenido lo que produjo en Emilio este accidente?

— No lo sé... solo puedo manifestar que esta carta no me pertenece y que la casualidad únicamente es la que me hace depositaria de ella.

— ¡Hija mía! exclamó el señor Osman echándole los brazos: tu franqueza y tu sinceridad califican esto como

un secreto; es preciso, pues, no tratar de adivinarlo, y yo me congratulo de tu discrecion.

— ¡Gracias, padre mio!... Pero procuremos que Emilio se recobre; yo sufro al verlo así, y temo...

— No hay cuidado, esto le pasa bien pronto: es efecto de alguna pena grave con que lo han sorprendido. Tú, querida Adelaida, eres la única que posee el secreto de su mal. Bien... quedas, pues, autorizada por tu padre para consolar á ese infeliz.

Los cuidados de la familia volvieron á Emilio de su postracion, y levantándose este para salir inmediatamente de la pieza, no atendió á las instancias con que le detenian, manifestando que debia estar solo, y que por lo mismo le permitiesen retirarse á su cuarto, al que el señor Osman lo acompañó, y donde tuvo que dejarlo, pues no sabia qué decirle, ignorando completamente la causa del mal, y considerando que en efecto en semejante caso era mejor estuviere solo, que ofrecerle una compañía estéril é importuna.

Entre tanto Adelaida, sola en su cuarto leía y releía la carta, y notaba con dolor que en ella reconocia precisamente la letra del padre de Emilio y la firma que habia visto tantas veces en las cartas que este recibia de él en otro tiempo.

Al quedarse Emilio solo, cerró la puerta, y llevando la mano al bolsillo para sacar sus pistolas, notó que lo habian desarmado, aunque no acertaba á adivinar quién era el que lo condenaba á vivir.

— Se engañan, decia entre sí: esto no será mas que por una noche. Mañana sabré librarme de mi horrible destino, ó mas bien sabré consumarlo. ¡Cuántas veces paseándome en este cuarto, pensaba y presentia que mi destino final habria de ser el suicidio! Y entonces estaba yo en la época mas bella de mi vida. Si en alguno de esos momentos de desesperacion que me asaltaban, y que acaso la Providencia me envió como anuncios del porvenir que ahora empieza, para intimarme piadosa me libertase de él; si desde entonces hubiera puesto fin á mi existencia ¡qué de amarguras no se habrian ahorrado para mi corazon! La pena de esta noche fatal se habria evitado. Pero... ¡Adelaida! Fué tu imagen la que me desarmó muchas veces; fué la esperanza el tirano que me obligó á vivir. Mas ni aquella imagen ni esta esperanza me desarmarán mañana... Adelaida misma con su desden me obligará mas á morir; y el desengaño con su amargura me ayudará á obedecer. Dichoso yo si en aquel tiempo, en vez de arrojar el arma por el recuerdo de una mirada, de una palabra sola, hubiese muerto siquiera en brazos de la ilusion: dichoso entonces, y no ahora en que á pesar de esos recuerdos tendré que morir burlado en los brazos de la infamia. Sí; hoy por última vez, mas que en ningun otro tiempo, la esperanza me hacia feliz... Sin embargo, ¡Adelaida! ya ni tus miradas tiernas, ni tus dulces palabras volverán para mí... para el hijo infame de un padre criminal. Esta noche eterna ha compendiado primero mis ilusiones y despues mi grande desventura, para reducir las á un punto á fin de que la muerte las comprenda todas, y bajo el mismo golpe caigan á un tiempo falaces esperanzas y mal verdadero. Allí está tu cinta, Adelaida: no temas, no, que se afrente, yo te la devolveré: me la diste diciéndome que yo era hijo de un hombre de honor y esa condicion te bastaba... No, Adelaida, no es mi padre lo que creias, y el hijo debe restituir la prenda que me dió el error. Sí... se acabó para mí toda esperanza: todo me lo roba mi padre en esta noche aciaga...

¡Padres é hijos! ¡Oh vínculo terrible! ¡Naturaleza feroz! ¡Orden funesto! Y la sociedad que estrecha esos nudos... ¡Bárbara é inhumana! ¡Cadena horrorosa que amarra un hombre á otro hombre y liga la inocencia y la virtud al crimen y á la infamia! ¡Oh humanidad maldecida, que por ser susceptible de vicio y merecimiento, se ve perseguida por ese verdugo eterno de las generaciones, que borra sobre la frente del que nace y crece los limbres del honor para grabar en su lugar la afrenta! Mas... ¿qué digo? ¿Blasone de mi virtud y de mi honor, y estoy deshonorando á mi padre? ¡No, padre mio!... La sociedad me desconoce y persigue: bien, me acogeré entonces á la naturaleza. Sí... yo no debo, pues, morir: debo conservarme para salvar á mi padre. La sociedad va á burlarse de mi honor; yo me burlaré de su justicia. Ella va á arrojar la infamia sobre un hijo inocente; yo sustraeré un culpable á sus torcidos fallos. ¿Qué derecho tiene el hombre para juzgar al hombre? ¿Puede ser justo un ser tan preocupado é insensato? ¿Por qué se usurpa un atributo de Dios cuando no es Dios, ni capaz de ejercerlo como él, sino antes bien de venderlo y prostituirlo con descaro? No... Yo me conservaré para salvar á ese padre desventurado y culpable, á quien yo juzgo, porque soy el único digno de juzgarlo; y á quien perdono, y cuyo perdon nadie debe revocar, porque lo haré valer á pesar del mundo entero. Por fortuna este es un secreto que nadie conoce: es, pues, bien fácil mi mision. ¡Monterilla! ya todo está aclarado. Te comprendo ahora perfectamente: pretendes que salve al Mordedor, para ganar así tu silencio y evitar que delates á mi padre: bien, el mordedor se salvará: mi padre con mis súplicas y mi proteccion habrá de corregirse al fin; la sociedad lo ignorará todo, y él y yo quedaremos honrados, no seremos víctimas de la injusticia, y Adelaida, ignorando mi desgracia, no me despreciará. Renunciaré á ella, porque en verdad soy indigno de su mano; pero al menos me quedará un nombre puro que merezco de justicia. Ocultándole mi desventura la engaño, es cierto, pero no la engaño sino en sus dias que pasaran, para no echar un borron inmundado sobre sus recuerdos, y evitarle la vergüenza de algun sueño que voló... Mas... ¡Negio de mí! ¿Dónde está esa carta fatal? La he per-

dido; voy á buscarla. ¡Sin duda ya la leyeron!... ¡Maldicion estúpida!... Y no puedo atreverme á subir á esas habitaciones honradas que ya soy indigno de pisar. ¡Dios mio! ese secreto horrible se ha descubierto en esta casa, mañana lo sabrá el público. No, eso es imposible; yo debo salir á buscar esa horrible carta y á pedir de rodillas se guarde para siempre el secreto que contiene. El señor Osman es bueno y generoso, me ordenará salir de su casa, pero no me venderá, y su familia tendrá lástima de mí...

Al llegar aquí sintió que llamaban á la puerta de su cuarto. Era Adelaida. Emilio lejos de experimentar el gozo que tan distinguido favor debia causarle, solo sintió el de la probabilidad que esa accion le daba de que Adelaida ignoraba su secreto todavía, y la pena de que creyéndolo aun digno de su amistad, iba á preguntarle, movida de una curiosidad irresistibile, el motivo de su accidente. Adelaida se presentó en el cuarto de Emilio como en la morada de un caballero; pero con los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Emilio! exclamó deteniéndose en la puerta.

— ¡Adelaida, Adelaida! repuso este cruzando las manos. Si Vd. supiera... no habria venido, no... Compadézcase Vd. de mí, como de un preso infame á quien se digna venir á visitar á un calabozo, ignorando la humillacion á que se halla reducido.

— Todo lo sé, Emilio... Vengo á darle cuenta de este papel funesto, asegurándole que solo yo lo he visto, y que nadie mas lo verá. Quiero que Vd. me permita quemarlo, y espero me perdone el haberlo leído, si no queria hacerme saber su contenido.

— ¡Todo lo sabe!... ¡y aun pronuncia mi nombre! ¡Generosa Adelaida! olvide Vd. para siempre á Emilio y su padre...

— No: lejos de eso me acordaré de los dos, y pronunciaré siempre el nombre del uno con estimacion y el del otro con interés.

— ¡Adelaida, por Dios! ¿Me compadece Vd. con nobleza y generosidad... Usted puede estimarme todavía?...

— Sí... sufro con Vd., y solo se calmará mi pena viéndolo sereno, y á su padre salvo y seguro.

Y acercándose á la luz, quemó la carta que traia en la mano.

— Usted le leyó, dijo Emilio; y con esto ha descargado á mi corazon del peso mas horrible. Me mataba el creer que indigno de su amistad, Vd. me compadeciese ignorando la naturaleza y magnitud de mi desgracia, y suponiendo una condicion que ya no existe. Ahora pues, si Vd. me compadece con interés, seré menos desgraciado; y si guarda este secreto y aprueba mi pensamiento, salvaré sin remedio á ese padre desventurado.

— Eso quiero yo tambien, contestó Adelaida. Nadie sabe esta desgracia, ni puede saberla sino por los cómplices de sus enemigos, cuyo silencio es fácil de lograr, salvando, si se puede, por medio del doctor Témis, al Mordedor.

— Sí, Adelaida; ya lo he comprendido todo; y si ese proyecto merece su aprobacion, yo quedaré tranquilo en la creencia de que obraré bien.

— ¡Qué otro recurso! dijo Adelaida con pena; esto es preciso, y yo me intereso con Vd. en favor de su padre. Perdonémoslo, Emilio: tratemos de salvarlo y corregirlo. El no puede haber caido en esos extravios, sino á causa de su pobreza: él no puede ser malo; yo he visto mil y mil veces esa carta, y al reconocer en ella la letra de su padre, que no hace mucho tiempo escribia á usted tantas palabras de afecto y tan tristes quejas contra la pobreza, no he podido menos de convencerme de que la desesperacion lo ha pervertido; y por tanto, la esperanza y el consuelo deben volverlo á la virtud. Esa esperanza y ese consuelo, Emilio, serán Vd. mismo; y le ruego que se resuelva á todos los sacrificios filiales que las circunstancias le imponen hoy. Busque á Monterilla, cuya carta ha venido ahora á quedar tan aclarada, y en la que está consignado de un modo evidente, el programa que Vd. tiene que seguir en este asunto: hable con ese hombre, y salve al Mordedor por medio del doctor Témis, al que es inevitable hacer partícipe en este secreto...

— Adelaida, interrumpió Emilio, yo no quisiera comunicarle á nadie este suceso: es para mí muy cruel hacer que alguno lo sepa.

— ¿Pero cómo salvar entonces al Mordedor? Eso solo es posible valiéndonos de la influencia del doctor Témis. Y es preciso que Vd. esté persuadido de que la defensa de aquel, es la que salva tambien á don Adolfo.

— Es cierto, dijo Emilio; mas ¿si fuera posible hallar otros medios... eso no seria lo mejor?

— Usted verá; pero á mí no me ocurre por ahora otro camino. Mas sea lo que fuere, creo que debe hacer el sacrificio de hablar con Monterilla, y sobreponerse á un acontecimiento tan desgraciado.

Adelaida se fué, y al cabo de algunos momentos empezó á reinar en toda la casa un silencio que iba haciéndose tan general, como la pena de Emilio iba tomando extension, pareciéndole que el pensamiento de su desgracia crecia lentamente y se dilataba en la misma proporcion que de distancia en distancia moria el sonido y la quietud lo invadia todo, partiendo desde él mismo, que sentado en el canapé, ni se movia siquiera.

Pesaba sobre su alma la noche como una mole de desventura que letal y silenciosa se ensanchaba en el espacio, apagaba toda luz y le alejaba los vivientes. La visita de Adelaida comenzaba á figurársele como el recuerdo de un sueño encantado, pero antiguo, en que bajo formas seductoras se le habia aparecido la sociedad noble y honrada, á decirle un adios eterno para no volver á hablarle, dejándole con desprecio en su lugar, al



EL INCENDIO DE LA CALLE CHAPTAL EN PARIS. — La alarma



El incendio de la calle Chaptal en Paris — Aspecto de las ruinas despues del siniestro. (Véase la *Revista de Paris* del número anterior.)

vicio y á los criminales, para que le hicieran en adelante la corte de la infamia.

Mas al ver sobre el candelero esa tela rugosa de ceniza negra, á que habia reducido Adelaida aquella carta funesta, sintió algo que casi fué para él una felicidad en el estado de dolor en que se hallaba.

(Se continuará.)

EL

Príncipe Demidoff.

La enfermedad que acaba de llevar al sepulcro al príncipe Demidoff le ha herido como un rayo. En los primeros días de la semana última se le vió en el teatro; el juéves, víspera de su muerte, aun hacia proyectos de viaje, y el viérnes siguiente, 23 de abril circulaba á un tiempo en Paris la noticia de su enfermedad y de su muerte.

El príncipe Demidoff era una figura esencialmente parisiense. Paris es la grande atraccion del mundo, y los extranjeros que atraen ofrecen en su torbellino mas de un perfil original, mas de una personalidad en relieve. La princesa de Lieven, el príncipe Czartorysky, Meyerbeer, Rossini, Orfila, el príncipe Demidoff, la princesa de Metternich, el príncipe Soltikoff, ¿no son, pués, bajo diferentes conceptos, fisonomías vivas y brillantes del Paris contemporáneo?

Paris era la estancia predilecta del príncipe. Aunque aficionado á los viajes, lo cierto es que si todo camino conduce á Roma, para él todo viaje conducia á Paris donde encontraba la ciudad de las artes, del placer, del



El príncipe Demidoff.

buen gusto y del talento. Todo Paris se encuentra aun bajo la impresion del acontecimiento que ha demostrado al mundo con qué profusion, con qué conocimiento de los maestros y de la arqueología habia formado aquella asombrosa coleccion de San Donato, que por sí sola representaba todo un mundo de pintura, escultura y de obras artísticas. La venta de la famosa coleccion

princesa, pension garantida por un capital de cuatro millones depositados en el Banco ruso.

El príncipe, que ha muerto sin hacer testamento, deja todos sus bienes á su sobrino Pablo Demidoff, que disfruta ya todas las propiedades de familia situadas en Rusia y de las cuales una mitad, que pertenecia al príncipe Anatolio, fué cedida por una renta anual de 4.500,000

ha interesado á Paris durante un mes, y singular y triste coincidencia! el príncipe Demidoff ha muerto con el bello musco que la venta acaba de dispersar á los cuatro vientos del cielo. La última subasta tuvo efecto el 28, y el 29 fallecia el hombre opulento que la habia creado.

El príncipe Demidoff, hacia, pues, un noble uso de los millones que le habia prodigado la fortuna. La multitud, que solo ve ó quiere ver el lado exterior de las cosas, pudo reservar sus exclamaciones para aquel boato y aquel lujo; pero penetrando en la intimidad de tan fastuosa existencia, se descubren en ella gustos elevados, inteligentes preocupaciones. El príncipe descaba darse cuenta de todo, hasta de sus viajes y así fué que publicó sucesivamente dos grandes obras, una que se titula: *Viaje á la Rusia meridional y á Crimea*, cuatro tomos ilustrados por Raffet, y otra que lleva el titulo de *Viaje á España*, de la que tiró muy pocos ejemplares.

Su distraccion favorita era el teatro. En el teatro pasaba todas sus veladas y seguramente no hay parisiense que conociera mejor que él el repertorio de la escena francesa.

Su casamiento con la princesa Matilde y la separacion que le siguió acabaron por ponerle en evidencia en la sociedad parisiense. Las condiciones de la separacion fueron estipuladas por el emperador de Rusia que concedió una pension de 200,000 francos á la



Ceremonia fúnebre en la capilla ardiente del príncipe Demidoff.

francos á su hermano el padre del príncipe Pablo, actualmente único heredero de la inmensa fortuna de los Demidoff.

El príncipe hizo toda su vida el mejor empleo de su colosal fortuna. El día que llegó á Paris, era en 1832, en medio del cólera, su primera visita fué para el alcalde del primer distrito á quien entregó 100,000 francos para los pobres. En Italia habia fundado varios establecimientos filantrópicos que costaba solo, y puede decirse con toda verdad que los pobres se llevaban una gran parte de su renta. ¡Honor al rico que se acuerda del pobre!

R. DE M.

Literatura dramática.

EL AGENTE SECRETO,

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN INGLÉS.

(Continuacion.)

OSCAR.

¿De veras? Pues adelante. El matrimonio es un impuesto que nuestro sexo debe pagar tarde ó temprano á la sociedad... Y ¿quién es la feliz mujer?... Si puede saberse...

CONDE.

La señorita Ernestina.

OSCAR.

Es singular.

CONDE.

¿Qué os parece singular en ese enlace?

OSCAR.

Lo singular es que yo tenia idea de enamorarme de la persona que me destinais... esto es, enamorarme hasta donde le está permitido á todo hombre noble... Es una preciosa jóven.

CONDE.

Con esa alianza podemos fortificar nuestra posicion en el ducado y neutralizar la influencia de ese maldito agente secreto que... *(Se interrumpe y añade mas bajo.)* ¡Ah! ¡Quizá nos está escuchando.

OSCAR.

Suposicion ridícula... ¿Y además, qué teneis que temer en lo que me concierne?

CONDE.

Basta, basta, no digais mas ni perdais tiempo para hacer la corte. Todo depende de la celeridad en la crisis que atravesamos.

OSCAR.

Me declararé y asunto concluido.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, LA DUQUESA, ERNESTINA, EL BARON STANBACH, CORTESANOS Y SEÑORAS.

DUQUESA.

¡Conde Steinhausen!

CONDE, inclinándose.

Estoy á las órdenes de Vuestra Alteza.

DUQUESA.

Deseo hablaros. *(Hace señal de que se aparten.)* Puedo diferir un instante nuestro paseo. *(Vánse los cortesanos y las señoras por el terrado, adonde se dirige tambien el conde Oscar con Ernestina; el baron se queda solo á cierta distancia.)*

DUQUESA.

He sabido que vuestro sobrino estaba aquí. ¿Le habeis manifestado mis intenciones sobre su enlace con mi sobrina?

CONDE.

Sí, señora duquesa, y me ha expresado su profunda gratitud por la honra que quiere dispensarle V. A.; pero temo que una intervencion desfavorable...

DUQUESA.

¿Qué intervencion? ¿Quién podria intervenir, conde?

CONDE, echando en su derredor una mirada recelosa y hablando bajo.

El agente secreto... ese ser diabólico que se divierte en hacer fracasar nuestros mejores planes... que lo ve, lo sabe y lo oye todo, que como el diablo nos sigue... *(En este momento el duque, que ha salido por la derecha sin que le vean el conde ni la duquesa, se acerca al conde y le pone una mano en el hombro.)*

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, EL DUQUE.

DUQUE.

¡Cómo podria seguiros yo, querido conde!

CONDE, estremeciéndose.

¡Ah! S. A... Me sorprendeis, señor duque, en el momento en que hacia observar á la duquesa que vos... que yo... que ella *(aparte)*. Me he metido en un berengenal... *(Alto.)* ¿Me ha comprendido Vuestra Alteza?

DUQUE.

Perfectamente, aunque no habeis dicho nada. Comprendo todo lo que querriais decir y lo que querriais no decir... Tal es la ventaja de tener un agente secreto.

DUQUESA.

Ese personaje anónimo es para vos un precioso amigo.

DUQUE.

Tan precioso que no sabria separarme de él.

DUQUESA.

¿Es un ser perfecto?

DUQUE.

Eso no. Con sentimiento reconozco que tiene mas de un defecto... Un carácter débil, indolente; pero tambien le creo un buen corazon y estoy seguro de que por mí se sacrificaría. *(Se vuelve hácia el terrado y mira hácia el jardin.)*

CONDE, á la duquesa.

Es lo mas extraordinario que puede haber en el mundo.

DUQUESA.

¿Qué es lo que mira con tanta atencion?

BARON, acercándose al duque.

Presumo que V. A. admira los dos pabellones que hay á las orillas del lago. Yo hice los dibujos.

DUQUE.

¡Ah! baron, no admiraba ahora vuestros pabellones.

BARON.

Ya caigo, V. A. mira el aloes que este año tiene flor.

CONDE, á la duquesa.

Algo mira que le interesa mucho.

BARON.

¡Cuando se piensa que ese soberbio vegetal no florece mas que cada siglo!

DUQUE.

La naturaleza nos indemniza, baron, dándonos chambelanes que florecen todos los dias del año.

BARON, inclinándose.

Vuestra Alteza se digna lisonjearme. *(Aparte.)* ¿Habrá oido el conde esta lisonja?

DUQUE.

¡Ah! ¿No distingo por allí á mi agente secreto?

CONDE, acercándose al terrado.

¿En dónde?

DUQUE.

En el jardin. ¡Ah! Ha desaparecido en aquella espesura.

CONDE.

¿Puedo tener el honor de ir á buscarle de parte de Vuestra Alteza?

DUQUE.

Mil gracias, conde. Le esperaré en mis habitaciones.

ESCENA XIX.

LA DUQUESA, EL CONDE.

DUQUESA.

Teneis razon, conde: hay en palacio una influencia secreta que nos importa mucho destruir.

CONDE.

Sin duda, Alteza; pero ¿cómo hacerlo? Ahí está la dificultad...

DUQUESA.

Pensemos en los medios. *(Se sienta en el divan y hace señal al conde para que se siente á su lado.)*

CONDE, aparte.

Otro apuro *(mira su reloj)*, pronto darán las seis, y á esa hora el agente secreto se encontrará á la orilla del estanque.

DUQUESA.

Prescindid de la etiqueta y sentaos. *(El conde acaba por sentarse. — La duquesa le habla, pero él escucha distraído.)* Ya comprendereis, conde, que es imposible consentir en que anule mi autoridad en el Estado un consejero invisible... Uno de nosotros dos debe retirarse...

CONDE.

Seré yo. *(Se levanta.)* Estoy resignado.

DUQUESA.

No me comprendeis, conde. Sentaos; os pido vuestro parecer.

CONDE, distraído.

Es verdad, Alteza: mi parecer es el vuestro.

DUQUESA.

Pero es que yo vacilo entre dos medios. ¿Cuál escogeré?

CONDE.

Los dos.

DUQUESA.

¡Los dos! ¿Qué decís?...

CONDE.

Sí. *(Mirando su reloj.)* Pronto es la hora.

DUQUESA.

¿Qué hora?

CONDE.

La que va á dar... Creo que oigo el reloj...

DUQUESA.

¿En dónde?

CONDE.

El reloj de la torre.

DUQUESA.

Explicaos claramente. Pareceis estar esperando alguna señal. *(El conde, mas y mas distraído, aplica el oído.)* Sabeis alguna cosa que no os atreveis á revelar... Hablad...

CONDE.

¡Silencio!

DUQUESA.

Me asustais. ¿Tengo enemigos?

CONDE.

¡Enemigos, sí, por todas partes... conspiradores! *(Da el reloj y el conde cuenta las horas con los dedos.)*

DUQUESA.

¡Enemigos! ¡Conspiradores! ¿Dónde? ¿Cuántos?

CONDE.

Seis... *(Se levanta sobresaltado.)* A orillas del estan-